

LAS DOS CAMAS

-¿Quieres otra cosa? Ya me voy a mi cama, después no estés diciendo que te traiga esto o lo otro. Voy a apagar la luz, quiero dormir temprano aunque lo dudo. Ni con pastillas duermo. ¿Te pongo otra cobija? , va a hacer frío.

Sin esperar contestación Ana María va al baño, se pone en la cara la crema que ha usado durante más de treinta años, regresa a la recámara, se acuesta no sin antes apagar la luz. Pasa una hora o un poco más sin que pueda conciliar el sueño. Está segura que su esposo también sigue despierto pues siente que se mueve en la cama vecina.

-Tú tampoco puedes dormir ¿verdad? Dicen que los viejos no necesitamos tantas horas de sueño. Dicen tantas cosas de nosotros como si en realidad las supieran. ¿Cómo no vamos a necesitar dormir? Por eso todo el día estoy cansada, cosa que a ti no te importa y me traes de un lado a otro con tus ocurrencias. Ni siquiera con la oscuridad puedo pegar los ojos. A mí me gusta que no entre nada de luz. En eso te gané. Tú siempre querías que dejáramos las cortinas abiertas. La noches son para dormir y no para estar viendo la luna o lo que sea. La realidad es que ni tú ni yo la vemos. Yo miope y tú con astigmatismo y principio de catarata. ¡Estamos lucidos! Mejor así , a oscuras, como cuando nos fuimos de luna de miel. ¿Te acuerdas? Yo era muy penosa, qué esperanzas que te dejara ver mi cuerpo , tocarlo sí, pero verlo...Con el tiempo todo eso cambió, ahora lo ves pero ya no lo tocas. Y que conste que no me estoy insinuando, no ganaría nada de nada. Ya estamos muy rucos, como nos dicen los nietos. Tan groseros ellos. Qué esperanza que en nuestra época... El peor es Arturito, tu consentido. Será por eso. En cambio Elvirita es una niña educada, como deben ser todos los niños.

-Tengo frío.

-Ayer me trajo su cuaderno para enseñarme un dibujo donde salimos tú y yo. Bueno, son dos viejitos sentados, cada uno con su bastón. ¿De dónde habrá sacado que usamos

bastón? Pero está muy bonito. De premio le di unos bombones que tenía guardados. ¿No se enojará su madre por eso? Ya ves que no quiere que le demos nada.

-Te digo que tengo mucho frío.

-Ya le dije a Raúl que su mujer es una exagerada, que está logrando que esa niña se enferme. Y así piensa que va a crecer. Sí es cierto que Elvi está un poco gordita, pero se ve bien, la prefiero a esas niñas todas tilicas. Lo malo es que no puedo decir nada de nada. Ya ves como es ella. Las suegras apestan. Eso sí, cuando quiere salir ahí nos trae a los niños sin importarle si les damos chocolates o dulces. No, es más importante ir a las tiendas. Pobre de mi hijo. Esa mujer se la pasa gaste y gaste, si al menos se viera mejor con lo que compra.

-Ana, estoy sudando pero tengo frío.

-Y nosotros a cuidar a las criaturas, a esa mujer no le importa que tú no te puedas casi mover y que yo ya esté vieja. Le vale, como dicen ellos. Ha de pensar que sólo para eso servimos, para estar a su servicio. Qué diferencia con Lucrecia. Esa no molesta en nada. Y sí, no lo digas, ya sé que no vive en la ciudad, pero si viviera sería diferente.

-Me está empezando un dolor aquí, en el pecho. Prende la lámpara del buró.

-¿Sabes qué? Estuve pensando en la comida de nuestro aniversario. Se me antoja hacer una paella. ¿Cuánto tiempo hace que no la hago? La realidad es que no debería hacer nada pues tú nunca te acuerdas de esa fecha y mira que ya llevamos 51 años de casados. Se dice pronto, ¿no? ¿Qué no te he aguantado yo en todo este tiempo? Tu mal humor, tus enfermedades, a tu madre...Y mira, ahí sí está bien aplicado eso de que las suegras apestan. De haber sabido que iba a tener que soportarla tantos años no me caso. Qué mujer más impertinente...y no la vayas a defender. Yo tengo la razón.

-Ana, me duele más.

-Volvamos con la paella. ¿Cuánta gente invitaremos? Nuestros tres hijos con sus familias son once, mi hermana con Estelita, los señores Narváez. Y no protestes, ya sé

que no te caen nada bien pero son nuestros vecinos y nunca se sabe cuándo se pueden necesitar. ¿Cuántos van? Ya perdí la cuenta. Once de nuestros hijos, dos de mi hermana, los vecinos, tú y yo. Ya somos diez y siete. Para completar la veintena voy a invitar a mis amigas con las que coso. Veinte y ni uno más.

-Ana, te digo que me está doliendo el pecho y tengo mucho frío. Hazme caso. Voy a necesitar la pastilla.

-Y sí, la burra siempre vuelve al trigo o como sea ese refrán. Hace rato te decía lo que he tenido que aguantar en tantos años pero lo de esa mujer...la tal Mariana...Y no me digas que no es cierto, que ya me lo has dicho mil veces, que sólo era tu secretaria. Y yo mil veces te he dicho que no te lo creo. Eso no te lo perdonaré jamás ¿lo oyes?, jamás. Secretaria, sí cómo no. Secretaria que sale con el jefe quien sabe dónde, secretaria que le escribe cartitas, secretaria que se arregla tanto...

-Ana María, Escúchame. Te estoy diciendo que me siento muy mal, ya me aumentó el dolor. Hazme caso. Creo que es la angina.

-Y tú tan complaciente con ella llevándole flores, chocolates y quién sabe que otras cosas. A una secretaria no se le regala eso ¿o sí? Y nada de que era su cumpleaños. Cuántas veces me trajiste flores o chocolates en los míos. ¡Nunca!

-Me está doliendo el brazo y también la mandíbula. Prende la luz. Necesito mi medicina.

-Te voy a confesar algo que nunca te he dicho. En esa época te odié y juré castigarte de algún modo. Si no la hubieras corrido no sé qué hubiera hecho yo. No hice el escándalo que merecías por los hijos, no por ti.

-Por favor Ana, me siento peor, voy a vomitar.

-Reconozco que ella era más bonita que yo. Te hubieras casado con ella, pero no, te casaste conmigo y yo no te iba a dar el divorcio. Ni loca.

-Ay, no puedo respirar.

-Dime una cosa. Ya pasaron muchos años y no te voy a hacer nada. ¿La seguiste viendo después? Sé que vas a decir que no, te conozco, pero algo aquí adentro me dice que sí.

-Ana, me ahogo.

-Bien, dejemos eso para otra ocasión. Estaba con lo de la paella. ¿Tú crees que alcance con cuatro kilos de pollo? Pechugas y piernas. Tengo que comprar los mariscos, el pescado, las verduras. A lo que le tengo miedo es al azafrán. Debe estar por las nubes de caro, pero ni modo de no ponerle, ya no sería paella.

-Ana, yo...

-Mejor compro cinco kilos, total, si sobra mejor, a sí nos la vamos comiendo en la semana. También pensé en hacer un pastel pero nadie se lo come. Voy a dar helado. El que venden en Cosco es muy sabroso. ¿Prefieres de fresa o de chocolate? Mejor compro el de vainilla para que le pongan chocolate derretido.

-Me...

-Deja de moverte, hasta acá siento tus movimientos. Ya ponte a dormir. ¿O quieres el pato? Te pedí que fueras al baño antes de acostarnos. ¿No es eso? Bueno, me callo para que duermas. Mañana hablamos de la comida. Sé que la paella es tu plato preferido y por eso la voy a hacer. Ya ves como sí te perdoné tus infidelidades.

Los hijos pensaron que su madre iba a morir del dolor que tuvo por la muerte de su marido. Su mayor pesar es no haber encendido la lámpara de buró al notar que se movía tanto, jura que pensó que era por no poder dormir. Lo que más lamenta es que no haya dicho nada o si lo dijo ella no lo escuchó. Antes de acostarse se quitó el aparato de la sordera.

Tomás Urtusástegui

Abril 2010